

El amor sin mariposas

Claudia Crisel Tecualt Flores¹

1.

—Érase una vez —comenzó el robot a decir cansinamente y poniendo los ojos en blanco— en un mundo con mil precedentes pero sin ningún porvenir, en una ciudad olvidada de Dios, la historia de Ana y yo. Ella nació humana, pero le hicieron modificaciones especiales para enviarla a la guerra, hasta que más de la mitad en su cuerpo había sido remplazado por prótesis y órganos sintéticos, incluso su piel.

Nos convertimos en fugitivos después de ser elementos muy importantes en esta maldita guerra mundial, la cuarta y más enferma de todas. Y en esta guerra, teníamos misiones distintas: ella era un arma letal, yo, un ungüento. Me crearon para ser médico robot, que pudiera cumplir tareas que ningún humano puede, ir a lugares insalubres, radiactivos, peligrosos, y con la capacidad de tomar decisiones (aunque entonces ellos no lo sabían). La conocí mientras ella convalecía en el cuartel y yo ayudaba a las víctimas del campo.

Ella era soldado de alto rango. La mejor de todos, pero en una explosión perdió brazos y piernas. Necesitaba que la reequiparan, lo que costaría más tiempo y dinero del que el gobierno hubiera estado dispuesto a pagar. Los tiempos en que fue la favorita se habían terminado. Iban a deshacerse de ella.

Y entonces nos escapamos juntos. Robamos todo el dinero del capitán a mi mando, pues yo guardaba sus claves interbancarias en mi disco duro, y si nos hallaban simplemente nos aniquilarían, así que huimos. Ella tenía veintiséis años entonces, yo existía conscientemente hacía diez años desde mi invención hasta mis últimas modificaciones, pero tenía la experiencia, el razonamiento y la empatía emocional de un hombre de cuarenta. Mi apariencia robótica fue modificada con el tiempo, con robos y fraudes que hicimos para sobrevivir y para que no nos

¹ Alumna de la Licenciatura en Arte y Comunicación Digitales, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Lerma.

descubrieran. Vivimos muchos años robando, hackeando cuentas, yendo y viniendo hasta que la policía nacional nos empezó a buscar...

2.

—Pero —sonrió socarronamente—, ella tenía muchos conocimientos de prácticas criminales. Y mientras ella lograra huir, estaría a salvo... eso era lo único que importaba...

Su mirada se nubló. No con lágrimas, pues él no podía llorar claro está, pero su rostro de pronto adquirió una expresión lívida, nostálgica, gris.

—¿Qué pasó entonces? —Inquirí, con toda la frialdad que pude.

Me miró con la misma frialdad, como quien se ha ofendido por la falta de reverencia ante el duelo ajeno. —Todo.

Yo estaba fascinado con su inteligencia, ella lo estaba con mi empatía, aunque no puedo generar emociones, puedo entenderlas, derivado de esto, en un punto, “vivirlas”. A menudo ella me decía que yo era increíble y yo le contestaba que así me habían programado. Entonces ella decía: a mí también.

Éramos los dos contra el mundo. Al principio, nos quedábamos en moteles de paso. Nos levantábamos antes del amanecer y nos escabullíamos en establecimientos comerciales para robar comida, municiones, refacciones; de ella o mías, yo no necesitaba comer, dormir o defecar. Mi única necesidad humana era ella. Estoy programado para despertar al sonido de la voz, mantengo memoria a largo y corto plazo. Igual... no, mejor que tú. Y eso tal vez sea una maldición, que llevaré con gusto por amor a ella.

—¿Usted puede “sentir” amor?

—¿Usted puede? —contraatacó.

Se hizo un silencio largo —Continúe —le dije al fin.

Ella se encargaba de cargar mi energía, decía que algún día me podría conseguir un cuerpo humano para ser trasplantado —rio —sin duda era ocurrente.

Se las apañó para conseguir nombres, apellidos de parientes, todos muertos en la guerra o de enfermedades derivadas de la misma. Cuando pasamos como dos individuos más, completamente humanos, nos casamos. Conseguimos empleo en una empresa de deshechos y clandestinamente armas viejas. ¡Hasta conseguimos amigos! Uno de ellos comenzó a sospechar quienes éramos y, muy elocuentemente, nos confrontó. Yo quería estallar de pánico, si es que eso era posible, pero Ana, tranquilamente le explicó algunas cosas sobre nosotros, es decir, no le dijo que yo no era humano. El tipo pertenecía a un grupo de activistas antiquísimos llamados los Letra Roja,² cobijaban, alimentaban y albergaban a muchísimos refugiados de los países que o seguían en Guerra o habían desaparecido por desastres naturales. En fin, todo lo que ustedes ya han averiguado.

Al tener el también un secreto, podíamos negociar. Nos unimos entonces a ellos. Como sabes, estaba penado producir armas, o refugiar gente extranjera. Y Ana y yo hacíamos todo esto. Por amor a ellos, por compromiso con nuestros amigos, por miedo a ser delatados, por permanecer juntos un poco más de tiempo.

3.

Pero Ana se debilitaba, sus órganos dejaban de funcionar y no teníamos donadores. Así que decidí llevarla con un médico y programador clandestino traficante de órganos artificiales de impresión 3D y con el dinero que habíamos reunido, pagué el hígado que necesitaba. Yo mismo la operé y supe que nuestro lugar ya no era seguro, pues nadie garantizaba que este medicucho no fuera a traicionarnos, pues, salvo uno o dos en la hermandad, nadie conocía nuestro secreto, y ahora este tipo sabía que ella tenía implantes de piernas y brazos, rasgos que la describían como la fugitiva de guerra más famosa en los últimos diez años. Y a mí... un sujeto sospechosamente sano y sin cicatriz alguna con conocimientos médicos.

Al pagarle, nos escabullimos de él hasta que logramos volver a casa haciéndonos pasar como comerciantes de maquinaria robótica y nos comunicamos con la sociedad. La cual, al

² Inspirado en los Cristianos de Letra Roja (*Red Letter Christians*).

saber de esta situación decidió ayudarnos a huir de la ciudad. No podían correr riesgos. Y aunque era más fácil que nos mataran, estaban a favor de la vida y el amor, aunque te parezca ridículo. —Me volvió a lanzar su mirada fría.

Asentí inexpresivamente. —¿A dónde fueron?

—Al norte del país. Ella moría de frío, pero yo le encendía fuego, le traía comida y la acercaba a mi cuerpo que no puede generar calor natural, pero con el de ella bastaba.

—¿Ustedes podían...? —Hice un ademán elocuente.

—Yo no podía gastar energías en eso, necesitábamos sobrevivir, hasta encontrar una casa con los servicios de energía necesarios. Para entonces, tener robots caseros ya era normal. Así que podíamos robar energía de ellos, pero en este pueblo escaseaba todo, y había que irse con cuidado. Los robots aquí no tenían conciencia, eran muy primitivos y uno de apariencia tan humana podía llamar la atención. Así que robábamos poco a poco y —otra vez la mirada gélida—, ahorrábamos energía.

4.

Cuando Ana y yo nos volvimos a unir a la sociedad —continuó diciendo—, comenzamos a vivir con cierta normalidad otra vez. Hasta que uno de los miembros fue descubierto. Lo torturaron hasta que nos delató.

—Dio un puñetazo en la pared, que de inmediato se abolló —¡Entiendo que estaba desesperado! Pero...—hizo una pausa— rápidamente comenzó a circular la noticia, Ana y yo seguíamos en peligro, y ¡qué importaba yo! Era ella quien le servía a la sociedad con fervor, con sus ideas, su ingenio, su habilidad, yo solo soy un compendio de información programada.

—Pero usted es capaz de aprender —intervine—. De... “decidir”.

—¡Sin ella eso no importa! ¡Podrían abrirme y examinarme ahora mismo! Era ella quien se encargaba de soñar. Los sueños utópicos siempre los imaginaba ella. Yo solo pronosticaba las posibilidades.

Dejamos a los miembros de la sociedad allí para encontrar otros aquí. Pero empezaron a ser descubiertos unos tras otros. Ya fuera por miembros desertores, enemigos y hasta los mismos refugiados, a veces, por conseguir dinero fácil y supuesta protección, lo hacían.

Y en una de nuestras muchas travesías, abordamos un crucero que sólo viajaba con cuentas bancarias que leen huellas dactilares, los aeropuertos ya solo funcionan con retina, por lo que no era opción para mí. Ana pasó sus dedos, pero por muy bien simuladas que estuvieran sus huellas, el escáner no las leyó, ni me leyó a mí tampoco, así que inmediatamente sospecharon y nos detuvieron.

Estuvimos en el puerto un día entero. Ella comenzó a enfermarse. Yo rogué porque me dejaran verla —ahora me miró con odio—. Pero los interrogatorios apenas habían comenzado.

5.

Yo creía entonces que ella no iba a soltar prenda ni de la hermandad ni de mí, ni de los fraudes que hice por salir adelante, ella iba a cubrirme en todo, como yo a ella. Mi energía se agotaba, pero no importaba porque con tal de obtener información, me seguían cargando. Nada de lo que me hagan a mí me puede doler, nada de lo que me pudieran quitar podría extrañar. Ni lo que me pudieran decir de mí o de ella, pues no produzco emociones. Las sensaciones que compartía con Ana, las recreaba para ella, para hacerla feliz a ella. Así que podía dejar de existir por ella con gusto, con amor, con dulce resignación y regocijo...

Su voz se quebró en un sollozo ahogado. —Pero ella me traicionó. —Lo miré estupefacta.

Dio las claves interbancarias, los nombres, los sitios, las fechas en que yo robé... y dijo que ella me había raptado, que había hackeado mi software y me había programado para no traicionarla. Les dijo que yo solo era un robot sin pensamientos, emociones, sentimientos ni decisiones propios. Nada de lo que yo había dicho antes para protegerla importó. ¡Le creyeron! Y la condenaron.

Pude haberla sacado de allí, pero... su estado de salud era fatal. Para obligarla a hablar, no solo la torturaron física y psicológicamente, le dieron donde nunca fallarían: yo. Le dijeron

que si no hablaba me iban a destruir, cosa que no hicieron, pues siguen tratando de averiguar el fondo de la verdad sobre la hermandad, y sobre mí. Ella, histérica y desesperada, habló, dijo lo que tenía que decir para que la culparan solo a ella. Y luego se dejó vencer.

Cuando por fin, en su última voluntad pidió volver a verme, me dijo que yo merecía vivir más que ella, pues ella fue “programada” para destruir, y yo, para salvar. Que en el pasado había quitado vidas y ahora daba la suya a cambio de muchos otros. Me dijo: “te amo”... Y murió.

Es absurdo, como puedes imaginar. Yo la salvé por humanidad. Porque creí que era justo que ella viviera... y ella... simplemente me dejó.

—¿Cómo dices que la amabas si no podías “sentir” nada por ella?

—Convinimos en que si se puede vivir en un mundo sin paz, se puede vivir un amor sin mariposas.

—¿Te refieres a las náuseas? —Pregunté con sorna.

—A las cosquillas en el estómago que sienten los humanos cuando hay emociones fuertes.

6.

Lo miré perpleja. Una cosa era segura. No me iba a dar ninguna clave de ningún acceso a ningún portal de la hermandad. Estaba poderosa y crípticamente (ningún experto aún sabe hasta qué punto) programado para ello. O quizá son sus decisiones. ¿De qué dependen? ¿De ella? ¿Y ahora que ha muerto? ¿De qué dependerán? ¿Seguirá eligiendo “el bien”? ¿Hasta qué punto su humanidad depende de un “ser” humano? ¿Hasta dónde una máquina puede ser objetiva?

—Ella te amaba —le dije. No dio la vida por nadie más que por ti. Y te encomendó la misión de la hermandad para que tuvieras algo por qué vivir. Para que no te entregaras. —Y la pregunta que quería formular relampagueó en sus ojos.

—Yo la interrogué. Con todo lo que ello implica. Sus ojos furiosos me traspasaron el alma. O lo quedaba de ella. Pero no se movió. Él no estaba programado para matar, o no lo había decidido.

Desenfundé mi pistola, me acerqué lentamente y aproveché el movimiento brusco que hizo para forcejear con él. Entendió de qué se trataba cuando miré la pared. Y supo en fracción de segundos que algo había detrás del muro y lo que tenía que suceder a continuación. Luego le disparé.

Él me quitó el arma que yo casi le había entregado y le disparó a las cámaras de seguridad y luego a mi muslo derecho.

—¡Rápido, ve con tu hermandad, es lo que ella quería! Es un túnel de emergencia, te llevará a la salida. —Saqué una segunda arma y le disparé al pecho blindado.

Pude escuchar los golpes secos, por cómo iba chocando con las paredes del túnel hasta llegar a la salida y quebrarse algo, pero siguió corriendo y yo me asomé por la diminuta ventana fuertemente asegurada. Y mientras yo sangraba y la alarma de emergencia sonaba en el interior del bunker, seguí mirándolo correr hasta que se perdió de vista en el horizonte.